EUNUCO

SE apretaba las ingles
pensando avispas, toros de deseo.
Y eran mariposillas bobas,
«salivillas de marzo»,
todo lo más
picardía de niño sin escuela...

Se miraba la sombra, se veía
la enorme, la imponente
montaña de su carne, que atronaba
el águila real de la lujuria.
Y era carne sin luna, donde el rojo
de la sangre, tan sólo purpurina.
Se sentía, de pronto,
garañón para noches deslumbrantes,
mientras sus labios gordos, brutalmente,
descortizaban pomas de pureza.

Pero no, no era así:
como una nuez vacía,
como una flor de trapo,
como un vano
castillear al aire de los sueños,
tenía que morderse,
y volverse de cara a la pared,
y hacerse
eternamente virgen,
aunque el relincho del deseo
atronara la tarde.

JULIO MARISCAL MONTES